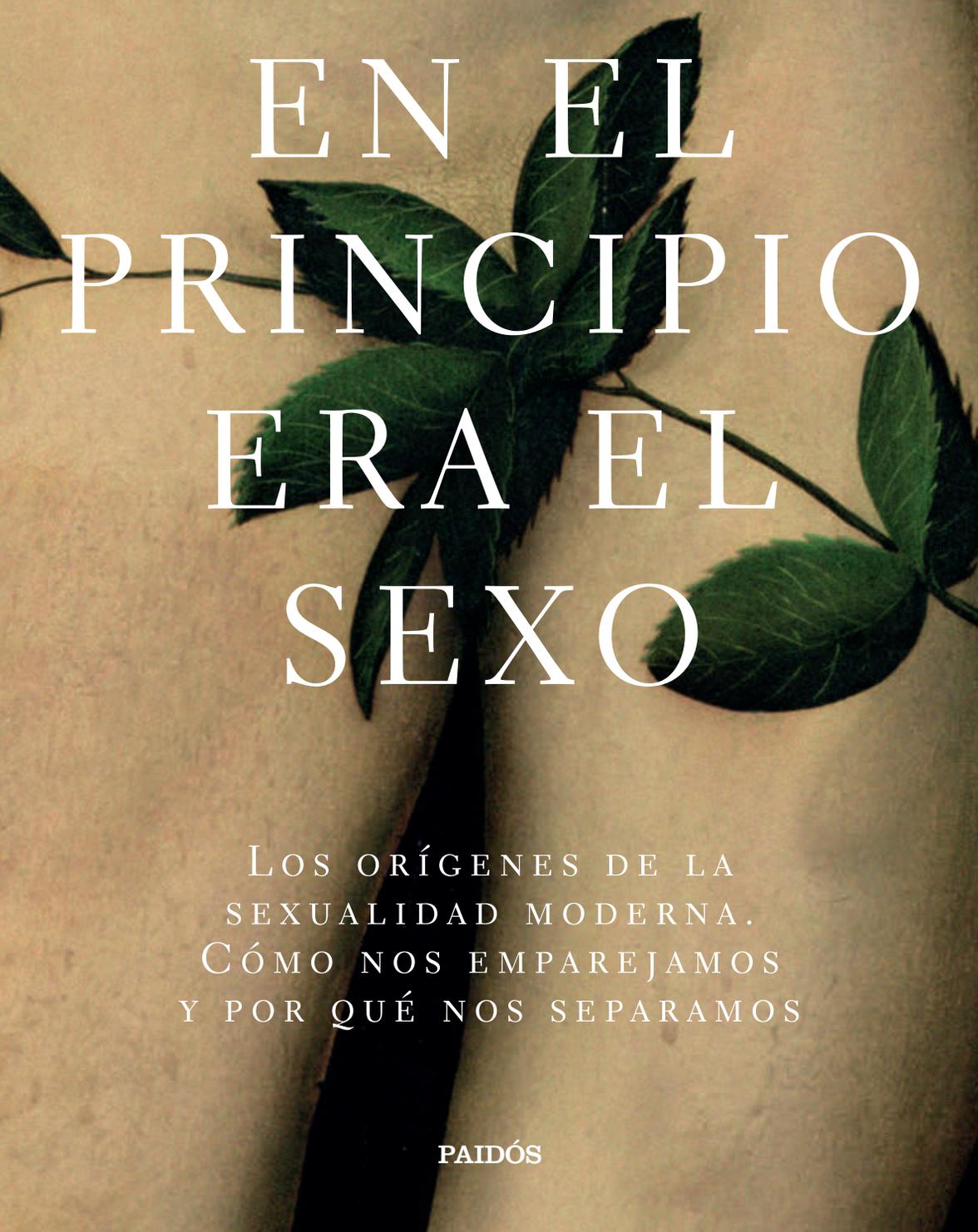


CHRISTOPHER RYAN
CACILDA JETHÁ



EN EL
PRINCIPIO
ERA EL
SEXO

LOS ORÍGENES DE LA
SEXUALIDAD MODERNA.
CÓMO NOS EMPAREJAMOS
Y POR QUÉ NOS SEPARAMOS

PAIDÓS

**CHRISTOPHER RYAN
CACILDA JETHÁ**

EN EL PRINCIPIO ERA EL SEXO

Los orígenes de la
sexualidad moderna.
Cómo nos emparejamos
y por qué nos separamos

Traducción de Ignacio Villaro

PAIDÓS Contextos

Título original: *Sex at Dawn*, de Christopher Ryan y Cacilda Jethá
Publicado originalmente en inglés por Harper, sello de HarperCollins Publishers

1.ª edición, enero de 2012

1.ª edición en esta presentación, febrero de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Christopher Ryan y Cacilda Jethá, 2010
© de la traducción, Ignacio Villaro Gumpert, 2012
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2012
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3661-4

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 747-2020

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prefacio: El primate que topó con su igual	13
Introducción: Otra Inquisición bienintencionada	17
Unos pocos millones de años en unas pocas páginas	28

PRIMERA PARTE: DEL ORIGEN DE LA (FALSA) ESPECIE

1. ¡Acuérdate del Yucatán!.	37
Eres lo que comes	38
2. Lo que Darwin no sabía del sexo.	45
La picapiedrización de la Prehistoria	52
¿Qué es la psicología evolucionista, y por qué tendría que importarte?	58
Lewis Henry Morgan	65
3. Una consideración más detenida del discurso convencional de la evolución de la sexualidad humana	69
Cómo insulta Darwin a tu madre (La lúgubre ciencia de la economía sexual)	72
La famosa flacidez de la libido femenina	75
La inversión paterna (IP)	76
«Estrategias combinadas» en la guerra de los sexos.	79
Receptividad sexual continua y ovulación oculta.	83
4. El simio del espejo	87
Los primates y la naturaleza humana.	90
Cuestionamiento del chimpancé como modelo.	93
En busca de la continuidad entre primates	95

SEGUNDA PARTE: LA LUJURIA EN EL PARAÍSO (¿SOLITARIA?)

5. ¿Quién perdió qué en el Paraíso?	109
A propósito del <i>funky</i> y del <i>Rock Around the Clock</i>	112
6. ¿A quién quieres más, a papá, a papá o a papá?	119
<i>S.E.Ex.</i> : compartir es gozar	122
La promesa de la promiscuidad.	128
Un comienzo bonobo.	131
7. Queridísimas mamás	137
Fusión nuclear	142
8. Matrimonio, emparejamiento, apareamiento y monogamia: menudo maremágnum.	147
El matrimonio: ¿la «condición esencial» de la especie humana?	149
Del puterío matrimonial	153
9. La certeza de paternidad: la precaria piedra angular del discurso convencional	159
Amor, lujuria y libertad en el lago Lugu	161
De la inevitabilidad del patriarcado	167
La marcha de los monógamos.	170
10. Los celos: guía para principiantes dispuestos a desear a la mujer de su prójimo	175
Sexo de suma cero	178
Cómo saber cuándo un hombre ama a una mujer	184

TERCERA PARTE: TAL COMO NO ÉRAMOS

11. «La riqueza de la naturaleza» (¿Pobre?)	191
Pobrecito yo	196
La angustia de los millonarios.	199
Hallar contento «en lo más bajo de la escala de la raza humana».	202

12. El meme egoísta (¿Miserable?)	205
El <i>Homo economicus</i>	206
La tragedia de los bienes comunales	208
Sueños de progreso perpetuo	212
¿Pobreza ancestral o abundancia asumida?	213
De la política paleolítica	216
13. La batalla interminable en torno a la guerra	
prehistórica (¿Brutal?)	223
La naturaleza despiadada del profesor Pinker	224
La misteriosa desaparición de Margaret Power	229
Despojos de guerra	232
La invasión napoleónica (La polémica de los yanomami)	236
La búsqueda desesperada de la hipocresía <i>hippy</i>	
y la brutalidad bonobo	240
14. La falacia de la longevidad (¿Breve?)	243
¿Cuándo empieza la vida? ¿Cuándo termina?	245
¿Es hoy cumplir 80 lo que en otros tiempos	
era cumplir 30?	248
Muertos de estrés	252
¿Quién es aquí el iluso romántico, eh?	255

CUARTA PARTE: CUERPOS EN MOVIMIENTO

15. Pequeño gran hombre.	261
En el amor y en la guerra de esperma, todo vale	266
16. La verdadera medida de un hombre	273
Porno duro en la Edad de Piedra.	279
17. A veces un pene no es más que un pene.	281
18. Prehistoria de O	295
«¡Qué horrendas extravagancias de la mente!»	297
Guárdate de la tetilla del Diablo	303
La fuerza requerida para reprimirlo.	305

19. Las chicas son guerreras	307
La vocalización copulatoria femenina	307
<i>Sin tetas no hay paraíso</i>	311
A vueltas con el orgasmo	315

QUINTA PARTE:

LOS HOMBRES SON DE ÁFRICA, Y LAS MUJERES, DE ÁFRICA

20. ¿En qué piensa la Mona Lisa?	325
21. El lamento del pervertido	335
¿Simplemente di «no»?	339
La guía Kellogg del abuso infantil	341
La maldición de Calvin Coolidge	344
Los peligros de la monotomía (monogamia + monotonía)	350
Algunas razones más por las que necesito una novia nueva (igualita que tú)	354
22. Juntos frente al cielo	359
Todos fuera del armario	365
El casamiento del Sol y la Luna.	370
Nota a los lectores	373
Agradecimientos	375
Notas	377
Referencias y propuesta de ulteriores lecturas sobre el tema . . .	417
Índice analítico y de nombres	455

CAPÍTULO 1

¡Acuérdate del Yucatán!

La función de la imaginación no es tanto dejar establecidas cosas extrañas como hacer parecer extrañas las cosas establecidas.

G. K. CHESTERTON

Olvidémonos del Álamo. Es mucho más útil la lección que podemos extraer del Yucatán.

Fue a principios de la primavera de 1519. Hernán Cortés y sus huestes acababan de amarrar en la costa continental de México. El conquistador ordenó a sus hombres que le trajeran a bordo del barco a uno de los nativos, al que preguntó cómo se llamaba la exótica tierra a la que habían llegado. El hombre respondió: «*Ma c'ubah than*», que el español entendió como «Yucatán». Ya le valía. Cortés proclamó que, de ese día en adelante, el Yucatán y todo el oro que contuviera pertenecerían al rey de España, etc., etc.

Cuatro siglos y medio más tarde, en la década de 1970, lingüistas que investigaban los dialectos mayas arcaicos llegaron a la conclusión de que «*Ma c'ubah than*» significaba «no te entiendo».¹

Cada primavera, miles de universitarios norteamericanos celebran concursos de camisetas mojadas, se revuelcan en piscinas de gelatina y organizan fiestas de la espuma en las hermosas playas de la península de Nootentiendo.

Pero eso de elevar el malentendido al rango de conocimiento no es una exclusiva de los estudiantes que celebran las vacaciones de primavera. Es una trampa en la que todos caemos. (Una noche, mientras charlábamos después de cenar, un buen amigo me comentó que su canción de los Beatles favorita era *Hey Dude* [«Eh, tío»].) Pese a sus

años de formación, hasta los científicos se dejan engañar por la sensación de estar observando algo cuando en realidad no hacen más que proyectar sus prejuicios y su ignorancia. Son víctimas de la misma disfunción cognitiva que tenemos todos: es difícil estar seguros de lo que creemos que sabemos, pero no del todo. A pesar de haber interpretado mal el mapa, estamos seguros de saber dónde nos encontramos. Cuando resulta evidente justo lo contrario, la mayoría tendemos a seguir nuestro instinto, pero el instinto suele ser un guía poco fiable.

ERES LO QUE COMES

La comida, por ejemplo: todos damos por sentado que el hecho de que algo nos encante o nos repugne tiene que ver intrínsecamente con esa comida en particular; es decir, que no se trata de una reacción a menudo arbitraria preprogramada por nuestra cultura. Entendemos que a los australianos les guste más el *cricket* que el béisbol, o que a los franceses les parezca *sexy* Gérard Depardieu; pero tendríamos que estar al borde de la inanición para siquiera considerar la posibilidad de cazar una polilla al vuelo y metérsola en la boca mientras agita frenéticamente sus alitas polvorientas. Crujiente y jugosa... Podríamos hacerla bajar con un traguito de cerveza elaborada con saliva. ¿Qué tal un platillo de sesos de cordero? ¿Y perrito asado en su salsa? ¿Nos tentarían unas orejas de cerdo, o unas cabezas de gamba? ¿Quizás un colibrí frito en aceite abundante, que se mastica entero, pico, y huesos incluidos? Una cosa es saltar por los montes de Chile, pero ¿qué tal un puñado de saltamontes fritos con limón y chile? Eso es asqueroso.

¿O no lo es? Si las chuletas de cordero están bien, ¿por qué han de darnos asco los sesos? Nos chupamos los dedos con el jamón, la panceta o la paletilla..., entonces, ¿por qué las orejas, el morro o las manitas de cerdo nos revuelven las tripas? ¿Tan distinta es la langosta del saltamontes? ¿Quién decide qué es delicioso y qué es nauseabundo, y basán-

dose en qué? ¿Y qué pasa con las excepciones? Trituramos los desechos del cerdo, los metemos en un trozo de intestino y obtenemos embutidos y salchichas muy apreciados. Puede parecernos que el beicon y los huevos son inseparables, como las patatas fritas y el *ketchup*, o la sal y la pimienta, pero eso de desayunar huevos con beicon se le ocurrió hace unos cien años a una agencia de publicidad cuyo cometido era aumentar las ventas de beicon, y en Holanda a las patatas fritas les ponen mayonesa, no *ketchup*.

Si alguien piensa que es irracional comer insectos más le vale reconsiderarlo. Cien gramos de grillos deshidratados contienen 1.550 miligramos de hierro, 340 de calcio y 25 de zinc: tres minerales que suelen faltar en la dieta de los pobres crónicos. Los insectos son más ricos en minerales y grasas saludables que la ternera o el cerdo. ¿Te disgustan el exoesqueleto, las antenas y tanta pata de más? Pues más te vale olvidarte del mar, porque las gambas, los cangrejos y los crustáceos son todos artrópodos, como los saltamontes. Y se alimentan de la porquería que queda acumulada en el fondo marino, o sea, que mejor no recurrir al argumento de que la dieta a base de insectos es asquerosa. De todos modos, puede que ahora mismo tengas un trocito de insecto metido entre los dientes. Los inspectores de la Agencia Alimentaria de Estados Unidos tienen orden de pasar por alto las partículas de insecto que encuentren en la pimienta negra, a menos que detecten más de 475 por cada cincuenta gramos, de media.² Según los cálculos de un informe de la Universidad Estatal de Ohio, los estadounidenses ingieren inadvertidamente una media de *entre 450 y 900 gramos* de insectos al año.

Un profesor italiano ha publicado recientemente un libro titulado *Ecological Implications of Minilivestock: Potential of Insects, Rodents, Frogs and Snails* [Repercusiones ecológicas del microganado: el potencial de los insectos, los roedores, las ranas y los caracoles]. (Los microvaqueros se venden por separado.) William Saletan, colaborador de la revista *Slate.com*, habla en su edición digital de una empresa llamada Sunrise Land Shrimp [Gambas de la tierra Sunrise]. Su eslogan es:

«Mmm... ¡Gambas de tierra de las buenas!». Adivina, adivinanza: ¿qué es una gamba de tierra?

Las larvas de polilla australiana saben a huevos revueltos con un toque de nuez acompañados con *mozzarella* suave y envueltos en hojaldre... Son Deliciosas, con D mayúscula.

PETER MENZEL Y FAITH D'ALUISIO
Man Eating Bugs

Los primeros británicos que viajaron a Australia explicaron que todos los aborígenes con los que se habían encontrado vivían en la miseria y sufrían hambruna crónica. Sin embargo, los nativos, como es habitual entre los cazadores-recolectores, no tenían el menor interés en la agricultura. Los mismos europeos que, en sus cartas y diarios, hablaban de la escasez generalizada de comida se extrañaban de que los indígenas no mostraran signos de inanición. De hecho, les llamaba la atención verlos más bien gordos y relajados. A pesar de todo, estaban convencidos de que los aborígenes pasaban hambre. ¿Por qué? Porque los habían



A la rica larva.
(Fotografía: Glenn Rose y Daryl Fritz.)

visto echando mano de los últimos recursos: comían insectos, polillas y ratas, bichos que a buen seguro nadie se llevaría a la boca de no estar muriéndose de hambre. A los británicos, que sin duda debían de echar de menos el *haggis* (un plato de vísceras de cordero con avena) y la nata cuajada de su tierra, ni se les pasó por la cabeza que aquellos fueran alimentos nutritivos y abundantes, y mucho menos que pudieran saber «a huevos revueltos con un toque de nuez acompañados con *mozzarella* suave».

¿Qué pretendemos demostrar con todo esto? Que el hecho de que algo nos *parezca* natural o antinatural no quiere decir que lo *sea*. Todos los ejemplos que hemos mencionado, incluida la cerveza elaborada con saliva, son exquisiteces en alguna parte del mundo, y a la gente que las saborea le repugnarían muchas de las cosas que nosotros comemos habitualmente. No debemos olvidar, especialmente cuando hablamos de experiencias biológicas íntimas y personales como comer o practicar el sexo, que los tentáculos de nuestra cultura, con la que tan familiarizados estamos, llegan hasta lo más profundo de nuestra mente. No notamos cómo ajustan el dial, ni cómo dan a nuestros interruptores, pero los integrantes de una cultura, sea del tipo que sea, tienden a creer que ciertas cosas están bien por naturaleza, mientras que otras están mal. Puede que sintamos que estas creencias son las correctas, pero se trata de una sensación de la que nos fiamos por nuestra cuenta y riesgo.

Como aquellos antiguos europeos, estamos todos condicionados por nuestra propia impresión de lo que es normal y natural. Todos somos miembros de una u otra tribu, a la que nos unen lazos culturales, familiares, religiosos, educativos, de clase, de pertenencia al mismo club deportivo o de cualquier otro criterio. Un primer paso esencial para discernir lo *cultural* de lo *humano* es lo que el mitólogo Joseph Campbell llamó la «distribalización». Tenemos que reconocer las diversas tribus a las que pertenecemos y empezar a desprendernos de las ideas preconcebidas que cada una toma por *verdades*.

Las autoridades en la materia nos aseguran que sentimos celos por nuestra pareja porque son un sentimiento de lo más natural. Los expertos opinan que, para sentir intimidad sexual, las mujeres necesitan un compromiso porque «así es como son». Algunos de los psicólogos evolucionistas más eminentes insisten en que la ciencia ha confirmado que, en el fondo, somos una especie celosa, posesiva, homicida e insidiosa y que sólo nos salvamos gracias a nuestra precaria capacidad para elevarnos por encima de nuestra esencia sombría y someternos al decoro de la civilización. Es innegable que, en el núcleo de nuestro ser animal, los seres humanos tenemos anhelos y aversiones más hondos que cualquier influen-

cia cultural. No vamos a argumentar que al nacer somos «tablas rasas» a la espera de recibir las instrucciones de funcionamiento. Pero la sensación que tenemos en determinadas situaciones dista mucho de ser una guía fiable para distinguir la verdad biológica de la influencia cultural.

Si te pones a buscar libros sobre la naturaleza humana, probablemente te encontrarás con «machos diabólicos», «genes malvados», «sociedades enfermas», «guerra antes de la civilización», «batallas continuas», «el lado oscuro del hombre» y «el asesino de la puerta de al lado».* ¡Tendrás suerte si sales con vida! Pero ¿presentan estos sangrientos volúmenes una descripción realista de una verdad científica o son más bien una proyección de suposiciones y temores contemporáneos sobre el pasado remoto?

En los próximos capítulos, revisaremos estos y otros aspectos del comportamiento social, reestructurándolos para presentar una visión distinta de nuestro pasado. Estamos convencidos de que la explicación que nos ofrece nuestro modelo sobre cómo hemos llegado al punto en que hoy nos encontramos y, lo que es más importante, *por qué en la mayoría de los casos, si no en todos, la disfuncionalidad del matrimonio no es culpa de nadie* se ajusta más a la realidad. Veremos, pues, por qué buena parte de la información que recibimos sobre la sexualidad humana —sobre todo la que proviene de ciertos psicólogos evolucionistas— es errónea y está basada en postulados infundados y caducos que se remontan a Darwin, o incluso más allá. Hay demasiados científicos empeñados en completar el rompecabezas equivocado que, en lugar de dejar que las piezas de información caigan naturalmente donde les co-

* *Demonic Males, Mean Genes, Sick Societies, War Before Civilization, Constant Battles, The Dark Side of Man y The Murderer Next Door*. Todos son títulos de libros. *The Dark Side of Man*, de Michael Patrick Ghiglieri, tiene edición española: *El lado oscuro del hombre: los orígenes de la violencia masculina* (Barcelona, Tusquets, 2005). (N. del t.)

rresponde, se empecinan en hacer encajar sus descubrimientos con ideas preconcebidas y aceptadas por la cultura sobre cómo se cree que *debería* ser la sexualidad.

El lector considerará tal vez que nuestro modelo es absurdo, obsceno, insultante, escandaloso, fascinante, deprimente, esclarecedor o evidente. Pero, se sienta o no cómodo con nuestra exposición, esperamos que siga leyendo hasta el final. No esperamos provocar ninguna reacción en concreto con la información que hemos reunido. La verdad es que ni siquiera nosotros sabemos muy bien qué hacer con ella.

Habrà, sin duda, quien tenga una reacción emocional ante nuestro «escandaloso» modelo de la sexualidad humana; y también leales defensores de las murallas del discurso convencional que rechacen y ridiculicen nuestra interpretación de los datos al grito de «¡Acuérdate del Álamo!». Pero el consejo que damos a los lectores, mientras les conducimos por esta historia de postulados gratuitos, conjeturas desesperadas y conclusiones erróneas, es que se olviden del Álamo y tengan siempre presente el Yucatán.